

tenden naturalmente ser los descendientes de dioses o de héroes sin mancilla; todas las ciudades, por la ambición de un nombre glorioso, tratan, en su cándida inconsciencia, de darse ilustres fundadores que reunan en su historia particular todos los altos hechos realizados durante el ciclo en que vivieron. Pero las aristocracias, las ciudades olvidan, y los historiadores con ellas, que la mayor parte de los grupos urbanos habían comenzado, sea por la llegada de extranjeros que se unieron a mujeres del país, sea por el establecimiento de cautivos que los conquistadores adiestraban para el trabajo, sea por una proclamación de amnistía y de franquicia dirigida a los bandidos y a los desesperados de toda raza. ¿No dice la leyenda que Cadmo fundó la ciudad de Tebas y que Teseo edificó Atenas alrededor de un asilo de desgraciados?¹ «Pueblos, venid todos aquí», tal fué la forma de llamamiento que lanzó el héroe cuando quiso hacer de su ciudad el punto de cita de todos. ¿Es esta la razón por la que Homero en su *Catálogo de los barcos (Iliada, 547)* da únicamente a los Atenienses el nombre de pueblo?² «No busquéis la tribu», decía un proverbio, para indicar la falta absoluta de certidumbre que presentaban las pretendidas genealogías nobiliarias.

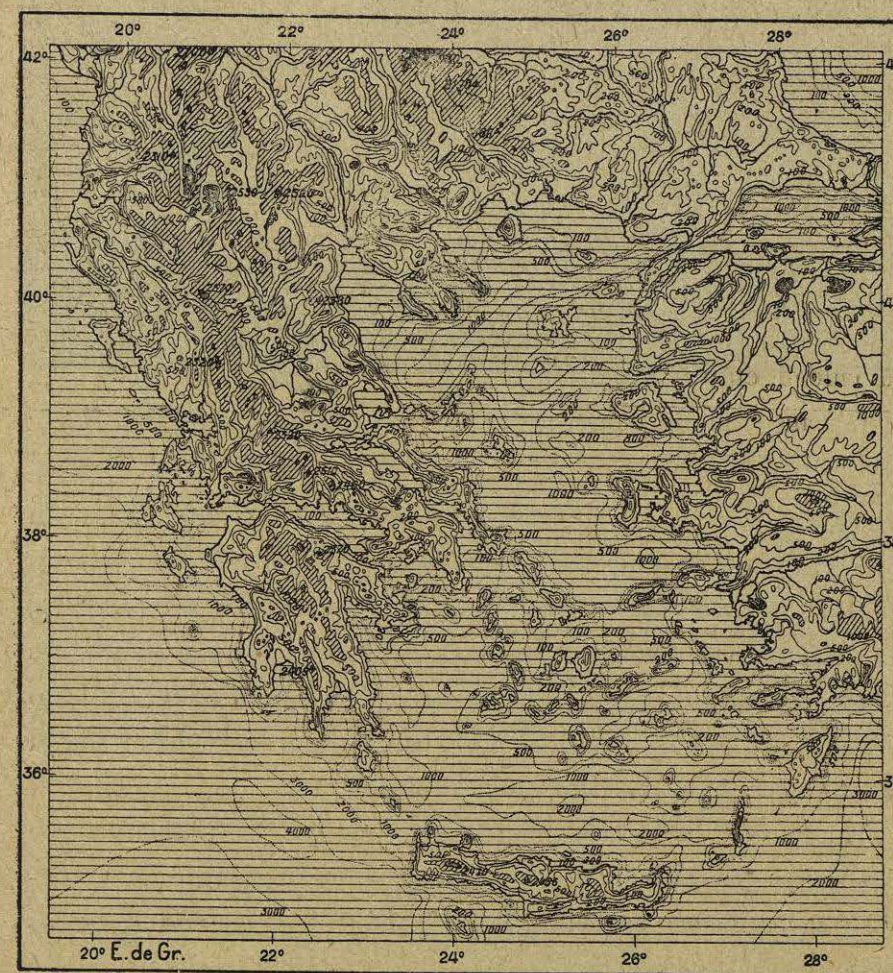
El fondo primitivo en que vinieron a unirse los diversos elementos que dieron nacimiento a los Griegos de la historia, fué la nación llamada de los Pelasgos, que la leyenda y las tradiciones nos muestran establecida sobre todo en Epiro, en Tesalia, en Arcadia, en los valles de los montes y en ciertas islas del archipiélago; a sí mismos se decían hijos del Liceo, el «Monte de los Lobos», que se levanta en el centro del Peloponeso; llamábanse los «Hombres de la Tierra Negra» y los «Hijos de las Encinas». Rudos y fieros, eran mucho más agricultores sedentarios y constructores de ciudades, que marinos y traficantes; sin embargo, también comerciaban por mar con sus vecinos de las islas y del Asia Menor. Los Pelasgos son los que simbolizó la fábula bajo el nombre de Hércules, porque a ellos debió la Grecia los grandes trabajos de apropiación del suelo, el desagüe de los pantanos pestilentes, la dispersión de las fie-

¹ Giambattista Vico, *Science nouvelle*, edición francesa, p. 202.

² Aristote, *République athénienne*, edición Th. Reinach, págs. 2 y 3.

ras, la regularización de las corrientes de agua, la roturación de las llanuras fértiles, la construcción de las murallas de defensa y de las acrópolis. La posteridad casi los divinizó como gigantes, seres sobrehumanos, constructores prodigiosos, cuyos débiles descendientes no hubiesen podido imitarles; se imaginó que una fuerza superior les había animado cuando construyeron esos

N.º 158. Relieve de las tierras egeas



1: 7 500 000

0 100 200 300 400 Kil

muros que todavía existen diseminados en diferentes puntos de Grecia. Gran número de familias antiguas, principalmente en el Atica, se vanagloriaban de descender de aquellos «autóctonos», y esta pretensión debió ser justificada en muchos casos, gracias a las costumbres conservadoras de las poblaciones agríco-



VALLE DEL PENEOS, ENTREVISTO AL PIE DE UNO DE LOS SIETE CONVENTOS DE LOS METEOROS, O DE KALAMBAKI, ALTA TESALIA

las. Del mismo modo, la lengua y la religión se continuaron, a través de las edades, como lo atestiguan los antiguos nombres de lugares y de divinidades. Los Pelasgos tenían ya sus Zeus, a quien adoraban mirando el cielo azul, y el devoto Pausanias nos habla de las piedras brutas que habían venerado en otro tiempos los Pelasgos y ante las cuales se prosternaban todavía los Griegos bajo la dominación romana.

Según dice Aristóteles, entre los Pelasgos es probablemente donde hay que buscar las tribus que dieron su nombre de «Griegos» a la ilustre nación que se formó en las penínsulas y las islas de la Europa Sud-oriental. Los Graikoi o Graiques, es decir, los «Montañeses» o los «Viejos», los «Antiguos», según etimologías diversas,—eran los rudos habitantes de los altos valles forestales del Epiro, y cerca de ellos residían los Selles o Helles, antepasados de los Helenos, cuyo nombre recuerda el de Selene, la diosa Lunar, el de Helena, la mujer de perfecta belleza que se muestra a nosotros en la aurora de la historia, entre los pueblos que luchan ferozmente por ella¹. Es interesante ha-

¹ André Lefèvre, *Les Origines helléniques*.



CENTAURO Y LAPITA.—FRISO DEL PARTENÓN Cl. Mansell.

cer constar que las denominaciones originarias de la nación griega proceden de una provincia montañosa, el Epiro, que casi siempre fué considerada como situada fuera de la Grecia propiamente dicha, a causa del carácter bárbaro de sus habitantes.

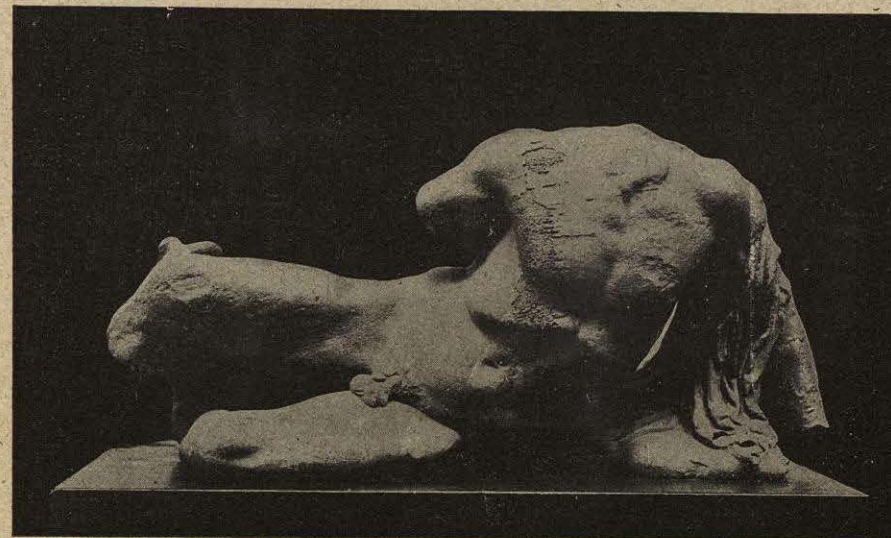
La Tesalia, otro país de los orígenes, donde se eleva el Olimpo, el monte sagrado por excelencia, donde corre el Peneo de Tempe, entre los bosquecillos de laureles, también frecuentemente considerada como país extranjero, era el territorio en que los primeros habitantes representaron, bajo el nombre de Centauros (es decir, Pica-toro, vaquero a caballo), un papel tan importante en la mitología griega; allí, no obstante, se hallaba la

pequeña ciudad de Hellas, que llevaba el nombre de la raza¹, y sobre las cimas del contorno se sentaban los antiguos dioses, los Titanes y los dioses nuevos, el Zeus Panhelénico.

En aquellas épocas prehistóricas, mejor que durante las edades de la gran prosperidad griega, Grecia se hallaba forzosamente dividida en diversos pequeños grupos de vida política autónoma, cada uno con su denominación particular. Las comunicaciones por mar no eran entonces tan frecuentes y fáciles como lo fueron después, y las poblaciones de agricultores sedentarios permanecían casi encerradas en su estrecho territorio. De Norte a Sud se ven sucederse sobre el mapa esas pequeñas cuencas, independientes unas de otras por un anfiteatro de montañas. Cada pequeña república de campesinos tenía su pequeño curso de agua bordeado de árboles, su llanura seca para los cultivos, bosques sobre las pendientes, un promontorio o una roca aislada para sus acrópolis o sus templos; algunas tenían también su puerto de salida hacia un golfo del litoral. De este modo todos los elementos necesarios a una pequeña sociedad autónoma se encontraba en esos espacios que la mirada abraza en su conjunto y que forman, sin embargo, mundos completos. Cada isla del mar Egeo constituía también un universo de escasas dimensiones, con sus valles y sus arroyuelos, sus rocas y sus ensenadas. No hay para qué enumerar todas esas individualidades geográficas: cada una tiene su vez en el gran drama de la historia.

De todos esos pequeños mundos distintos que se bastan á sí mismos, hay uno que parece haber sido muy particularmente notable por sus riquezas, sus progresos en la civilización y la práctica de las artes. La nación de los Minienos, que ocupaba sobre todo la rica llanura del Kephisos, entre el Kallidromo, el Oeta y el Parnaso, y cuya capital era el Orkhomenos, cerca del punto donde se extendían en otro tiempo las aguas del lago Copais. Poseedores de esa magnífica cuenca agrícola, muy bien regada, los Minienos disponían también de un excelente puerto natural, rada inmensa donde sus flotillas podían esperar el viento favorable para dirigirse hacia Lemnos, Thasos o el Helesponto, ro-

¹ Bursian, *Geographie von Griechenland*.



Museo Británico.

EL RÍO CEFISO, POR FIDIAS

Cl. Mansell.

Hay varios ríos del mismo nombre en Grecia. Los más importantes son el Cefiso de Beocia que menciona el texto, y el Cefiso que atraviesa a Atenas. Este último es el que Fidias ha representado.

deando la Eubea, sea por el Norte, sea por el Sud¹. Parece que los Minienos habían tenido la ciencia necesaria para regular el desagüe del lago Copais: unas galerías subterráneas le hacían comunicar con el golfo de Atalante por una de las ensenadas del litoral; habían, pues, logrado aumentar la superficie de su territorio en praderas y en campos de cultivo y purificar el suelo de aguas pantanosas, el aire de gérmenes venenosos. Después de ellos, los pueblos que se sucedieron durante tres mil años, cesaron de cuidar su territorio, y la fiebre, la pestilencia y la miseria hicieron de él una comarca triste y peligrosa, de suelo pérfido y de aire insano. Se han necesitado todos los recursos de la industria moderna para restaurar la obra de los Minienos.

La península de la Argólida, tan elegantemente recortada en el ángulo nord-oriental del Peloponeso, entre dos golfos profundos y en la proximidad de un tercero, el de Corinto, fué también habitada por tribus cultas que, en los orígenes de la historia, nos aparecen como un pueblo que inició a los otros

¹ Otfried Müller, *Orchomenos und die Minyen*.